

Postconvencionales

No. 1, enero 2010, pp. 125-129
Escuela de Estudios Políticos y Administrativos
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Reseña de:

♣ González Fabre, Raúl (2005). *Ética y economía. Una ética para economistas y entendidos en economía*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 305 págs.

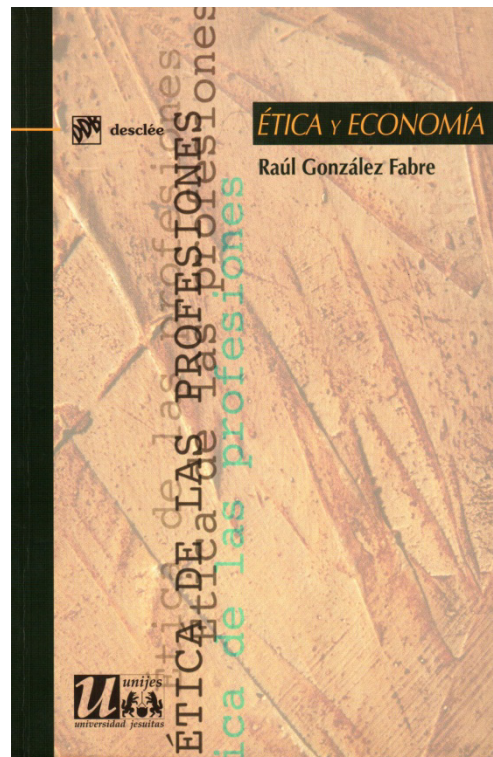
El hombre económico no es el hombre último

Claudia Curiel

Candidata a Doctora en Ciencias Políticas
Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas
Universidad Central de Venezuela
ccuriel6@yahoo.com

La obra forma parte de una colección sobre la ética en las profesiones y aborda el tema desde el punto de vista de la ética, y la Economía como ciencia social. El texto abarca una diversidad de temas fundamentales para la Economía, la ética, la política. Un abanico tan amplio de problemas teóricos y prácticos es revisado de manera clara y profusa. Esta reseña se enfoca en el análisis que plantea el autor sobre el quehacer del economista a través de las principales propuestas de la Economía (y la inextricable recurrencia a la ética), en torno a los problemas centrales de su agenda de análisis: comenzando por la definición del Hombre Económico hasta el tema de la posibilidad explicativa respecto a la sociedad global. Este recorrido se realiza respetando el enfoque multidisciplinario que caracteriza a la obra.

El punto de partida es intento por definir cuál es el oficio de un economista, y cuáles son sus contribuciones en el debate de temas relevantes para la sociedad. Para ese propósito se plantea el debate acerca de si la economía puede ser considerada como una ciencia positiva, libre de valores. Esa perspectiva tiene cabida en tanto se entienda que la economía no se refiere a las finalidades de la acción del hombre, sino a los procesos de toma de decisiones. Como tal, no se trata del estudio de los mercados, sino de la elección. Esa distinción se ve remarcada en tanto se asume al proceso de manejo racional



de la escasez como parte de la condición humana. El economista, por lo tanto, es un especialista en elección racional. A partir de los análisis incorporados en la obra, que fusionan temas de teoría económica, de ética, y de otras disciplinas, el autor invita al economista a tomar una postura frente a la racionalidad neoclásica, para poder atender su inquietud personal por temas morales y de ese modo poder ejecutar una función social más cercana a una aproximación humanista. Esto implicaría asumir un Hombre Económico con mayor complejidad y riqueza de consideraciones morales en su toma de decisiones. Esa propuesta tiene como asidero el extenso análisis incorporado en la obra respecto al objeto de estudio de la Economía.

En la medida que el economista enfoque su trabajo hacia temas de la economía pública o de la economía de empresa, su ámbito de acción puede apuntar, en mayor grado, hacia la construcción de decisiones, o al descubrimiento de relaciones al interior de las empresas o respecto a su entorno. De esa mezcla de elementos, también dependería la identificación de los interlocutores con los cuales se relaciona el economista.

Detrás de cualquiera de esas facetas del oficio del economista, el autor construye la definición de la economía como ciencia positiva. La economía neoclásica pretende ser una ciencia positiva y separarse de propuestas normativas. Esta caracterización plantea el abordaje de algunos conceptos a partir de los cuales la economía levanta los modelos explicativos de la realidad que estudia. El intento de acotar a la economía como positiva encuentra serias limitaciones en la medida en que algunas de sus nociones fundamentales contienen un número importante de afirmaciones morales. De allí que el autor plantea la necesidad de revisar los supuestos sobre el comportamiento humano que tienen mayor significación ética. Dentro de ese conjunto destaca la definición de Hombre Económico.

El tema central del libro es la exposición de la relación entre la ética y el Hombre Económico. Esa vinculación es analizada fundamentalmente a través del enfoque propuesto por el humanismo cristiano. De allí que discuta las teorías morales de tradición cristiana sobre el propio interés, asociado con el hombre económico, como motivador para alcanzar el bienestar colectivo. Esto, sin embargo, introduciendo el elemento moral como *quid* distintivo respecto a cualquier teoría mecanicista que pudiera abstraer al hombre económico de su condición moral. El hilo central de la obra se construye entendiendo a la ética como el “saber que se ocupa de lo que hacemos de nosotros mismos —personal y colectivamente— con nuestras elecciones conscientes y libres” (pág. 76).

González Fabre traza un recorrido por las principales bases del pensamiento económico. La economía neoclásica (la más extendida en la enseñanza de Teoría Económica) pretende ser una ciencia positiva y separarse de la normativa. Sin embargo, sus supuestos y axiomas contienen un número importante de afirmaciones morales. De allí, que se trata de una ciencia moral, en tanto hace una revisión de los supuestos sobre el comportamiento humano con significación ética más inmediata. A fin de cuentas, el análisis neoclásico resulta ser atomístico e individualista, y en la medida que el Hombre Económico decide en función de un algoritmo de decisión derivado de la naturaleza humana, es pertinente considerar sus características éticas más relevantes. Para la Economía Neoclásica todos los bienes pueden ser entendidos como *commodities* a los efectos de analizar cómo el hombre económico ordena su preferencia entre bienes escasos. El supuesto inherente a la

toma de decisiones sobre un criterio maximizador es la vía por cuyo intermedio la construcción teórica mantiene supuestos morales sobre el Hombre Económico, más allá de cualquier restricción cognitiva. Por otra parte, considera el orden de preferencias de cada agente como dado, y deja a la ética y a la política las explicaciones acerca de cómo se forman tales preferencias.

En relación con la génesis del Hombre Económico, el autor entiende que la primera aproximación debe referirse a partir de algunas características fundamentales de la tradición ética cristiana (el concepto de la responsabilidad moral individual; la prevalencia de la razón sobre la pasión como clave de la vida moral y, la relación directa entre el bienestar y buen orden de la sociedad con la calidad moral y buen comportamiento de sus integrantes). Este modelo fue reemplazado progresivamente por un enfoque más analítico y descriptivo que incorporó elementos de Maquiavelo (el sistema de poder expulsa a quien no se adapta a la moralidad dictada por él); Mandeville (conexión entre moral personal y bien público); Newton (la posibilidad de explicar un equilibrio armónico entre fuerzas contrapuestas a través de una ley universal); y el utilitarismo (la motivación de la acción humana y el valor moral de esa acción en términos de la felicidad que produce).

Esos diferentes aportes se reflejan dentro de la producción teórica de la economía de distintas maneras. El pensamiento newtoniano sugiere como un fenómeno natural que el intercambio esté basado en el propio interés, pues el mercado libre que transforma las fuerzas del interés particular a favor del interés colectivo realiza el modelo estoico de organización del mundo. Esto sólo fue posible con una transformación del pensamiento neoclásico en el cual se sustituye la noción de utilidad asociada con el placer, por su comprensión como orden racional de las preferencias. Estos mismos elementos permiten comprender que la definición de Hombre Económico no es incompatible con la virtud, en la medida que cada persona puede obtener la colaboración de otros recurriendo al interés de aquel y no otros medios, como la violencia. De este modo se explicaría que los sujetos cooperen entre sí, pues su concurrencia al mercado lleva implícito su respeto por la libertad del otro.

A pesar de lo anterior, la operación del mercado desde el punto de vista de la ética, introduce dos requisitos adicionales. Por un lado, le atribuye virtudes al Hombre Económico en relación con su observación de las reglas de respeto por el otro. En segundo lugar, aún en un escenario sin virtud, la consecución de mínimos de comportamiento responde al sistema social de incentivos.

Para construir el vínculo entre la ética y el Hombre Económico, se parte del reconocimiento de la libertad como elemento que permite al individuo participar conscientemente en la construcción de sí mismo, al tiempo que impone la necesidad de construir un mundo a la medida. La dimensión moral —personal y colectiva— del ser humano es entendida en su relación con los otros saberes de la existencia individual y colectiva (donde se inserta la Economía). En ese contexto, es necesario reconocer la multiplicidad de fuentes que alimentan la dimensión moral del individuo, que terminan soportando su toma de decisiones. En consecuencia, la ética se aproxima a la economía en tanto constituye un saber práctico de la elección tanto de fines como de medios en las

alternativas reales, con lo cual pretende establecer signos de orientación razonable para la libertad.

A partir de esos elementos, el autor plantea un recorrido analítico por diferentes categorías de bienes escasos en la existencia humana, que son usualmente considerados en la teoría económica, pero que contienen importantes aspectos morales como es el caso de los bienes rivales, informacionales y los bienes escasos no-económicos, entre los cuales se encuentran las cualidades morales, las cualidades relacionales y el orden social. Se arriba entonces a la distinción del ámbito de gestión de la economía (bienes escasos rivales) y la ética (bienes escasos no rivales). Sin embargo, ambos tipos de bienes —económicos y morales— se encuentran relacionados en cada proceso de decisión.

El análisis de tales procesos permite revisar el concepto de Hombre Económico, pues la incorporación de la dimensión moral desmonta el supuesto de que los individuos actúan guiados únicamente por su propio interés. En adición a la construcción del argumento teórico que permite enriquecer esa categoría de análisis, el autor incorpora aportes de campos como la economía experimental, cuyos resultados empíricos también revelan que los individuos al adoptar decisiones económicas procuran objetivos adicionales a su interés individual. Por otra parte, se hace necesario suponer un hombre económico con virtud, para que sea posible el respecto a los mínimos de comportamiento necesarios para el buen funcionamiento de los mercados y del engranaje institucional. Será así como estos últimos resultan viables como sistemas estables de colaboración con base en el mutuo beneficio.

En la medida que se reconoce que las decisiones que toman los ciudadanos pueden ser a la vez económicas y éticas, se desarrolla la posibilidad de un modelo de decisión económico alternativo al Hombre Económico. Una teoría más compleja de la decisión económica considera que las decisiones, contratos y negociaciones involucran temas como la confianza y relaciones personales que exceden del ámbito de elección entre bienes económicos. Al mismo tiempo, el individuo decisor conjuga la racionalidad maximizadora del Hombre Económico con cualidades morales y relacionales, lo que implica un ejercicio de racionalidad. Estas categorías constituyen el núcleo más puntual del análisis de la Economía. Sin embargo, el economista ha de ocuparse de analizar cómo las decisiones de los Hombres Económicos conforman fenómenos sociales y cómo pueden organizarse las sociedades para alcanzar un resultado social óptimo.

Esa senda de análisis se encuentra desarrollada en el acercamiento micro neoclásico a los fenómenos macrosociales. Dentro de esos intentos, se encuentra la propuesta *hayekiana* del mercado como un sistema voluntario de cooperación abstracta. Dentro de ese contexto, se entiende que el mercado es un arreglo social estable y armónico a partir de la interacción entre personas que persiguen su propio interés de acuerdo guiados de acuerdo con unas reglas mínimas de respeto a una libertad igual de los demás (virtudes mínimas del Hombre Económico Neoclásico). Se forma así una visión de la sociedad organizada sobre la base de las decisiones individuales y no de planes determinados, en las cuales el deber político moral de los agentes reconoce el orden que surge espontáneamente de su interacción. A este modelo se agregan las propuestas neoclásicas inherentes a la teoría de las organizaciones en las cuales el concepto de mercado queda por fuera, pero que también implican arreglos e interacciones, y el análisis de la provisión de bienes públicos que no

pueden ser provistos por el mercado.

La relación entre ética y política constituye un eslabón interesante para plantear la relación entre la sociedad económica y la sociedad política. En esa conjunción es clara la propuesta de la Economía neoclásica: la función de la política es asegurar las condiciones institucionales para el despliegue de los mercados y el crecimiento, sin otras intervenciones cuyo único efecto sería una restricción indeseable de la libertad individual. También desde la Teoría Económica se han producido teorías que señalan la imposibilidad de que se produzcan decisiones colectivas racionales, especialmente, por problemas inherentes a la lógica de la acción colectiva, y a los límites de la racionalidad en torno a los bienes públicos y comunes. El autor lleva esta problemática al contexto global, al entenderse el mundo como mercado. En ese marco, los problemas de agregación de preferencias siguen presentes, y se acentúan las restricciones del modelo neoclásico para poder explicar las decisiones respecto a los bienes públicos y comunes. He allí la dificultad para gestionar globalmente y modelar decisiones que involucran características económicas y éticas, como ocurre en aquellas asociadas con los temas medioambientales, la seguridad, la justicia y la paz. Al tiempo que se reconoce las cuestiones encontradas entre el proceso globalizador y los temas de costumbres, tradiciones, valores y creencias de las diferentes culturas, que pueden impedir la concreción de las condiciones institucionales para que se alcancen resultados más elevados desde el punto de vista social. En última instancia, el capitalismo global carece de mecanismos políticos de control con ese mismo alcance.

Esta discusión se torna más compleja cuando se considera el tema de la justicia. La economía neoclásica no incorpora una teoría sobre la justicia, y por lo tanto se halla limitada para explicar la maximización del Hombre Económico respecto a los bienes morales. Sin embargo, la relación entre Economía y ética exige analizar el papel de la justicia en las relaciones económicas, en tanto como valor moral, está presente en las decisiones de los individuos. Ahora bien, el mercado y el Estado constituyen ejemplos de arreglos sociales impersonales y abstractos, de modo que la economía es susceptible de generar un análisis sobre la justicia cuando se aplica a las relaciones económicas. Dadas las características atribuidas a este valor en el pensamiento occidental, la justicia está por encima de la eficiencia y de otras cualidades deseables de las relaciones o los arreglos sociales. Aunque pudiera reconocer que el mercado tiene su propia lógica distributiva, el tema de la distribución de bienes resulta ineficiente para explicar tanto las posturas del Estado como el resultado moral (justicia) de los arreglos sociales.

Como la economía neoclásica carece de instrumentos para proponer como objetivos de la acción del hombre la obtención de bienes morales como la justicia, la igualdad, la abolición de la exclusión y la pobreza, entre otros, debe remitirse a la discusión ético-política. Las denominadas Metas del Milenio constituyen un ejemplo del resultado de la discusión multilateral sobre esos temas. El autor aborda adicionalmente, otras esferas o problemas éticos de la vida económica que no pueden comprenderse cabalmente con las herramientas de la economía neoclásica.

Nota: *Para consultar el sumario o relación de contenidos del libro, pulse “Ficheros adicionales”, en “Herramientas de lectura”.*

